

Para la historia de los españoles

Lo contrario de lo que representan —y equivocan— los montajes de los libros de «memorias» de efecto y la explotación ocasional y azarosa, significan las publicaciones de correspondencias y papeles íntimos, escritos para que no vieran nunca la luz ni sirvieran para la especulación y el exhibicionismo. Claro que éstos resultan difíciles de componer, por el recato con que las personas serias acostumbran tratar sus cuestiones privadas. Por supuesto que en más de una ocasión se ha intentado falsificar cartas y notas de personajes célebres, por lo general con derivaciones —Dios sea loado— contrarias a las propuestas.

Acabo de leer un libro apasionante que encuadra rigurosamente con los segundos a los que concluyo de aludir. Recogido, seleccionado y escrito por Marino Gómez-Santos, se titula **«Españoles sin fronteras»**. Un libro no precisamente balsámico, sino acuciante y avisador. Por lo mismo, más necesario de conocer por esa mayoría de españoles confiados y explosivos, para quienes todas las advertencias caen en saco roto, hasta que al sentir sobre ellos la tormenta estallan en iras y delirios.

«Españoles sin fronteras» recoge con documentación de primera mano, correspondencia conservada, declaraciones propias o de familiares, las vicisitudes del exilio, especialmente de los días de nuestra contienda civil, de siete grandes intelectuales españoles, cuya enumeración, por el orden que nos los presenta Gómez-Santos, ahorra adjetivos y juicios de valor. Gregorio Marañón, Claudio Sánchez Albornoz, Azorín, Ramón Menéndez Pidal, José Ortega y Gasset, Ramón Pérez de Ayala y Pío Baroja constituyen esta eximia constelación de nuestra inteligencia, más allá de gustos y partidismos. Una inteligencia que —aparte tardíos y muchas veces convencionales reconocimientos— les valió para atraer los zurriagazos y hostigamientos de la tradicional y afilada envidia española.

Marino Gómez-Santos —hombre de larga y afinada pluma— nos despliega una serie de cuadros de punzante y dolorosa ejemplaridad. El calvario es duro. Y cada uno de ellos refleja sus malandanzas, desde la hora en que van decidiendo poner en práctica la idea de abandonar Madrid, ardiente por la guerra y la revolución, además de la necesidad de huir de los personajes y amenazadores acosos.



Ortega, en la Universidad de Bonn (febrero de 1954)

Las páginas dedicadas al calvario de Ortega y Gasset están impregnadas de un intenso patetismo. La figura del gran filósofo se agiganta —si aún fuere posible su crecimiento—, por la dignidad y nobleza con que afronta las calamitosas circunstancias. Enfermo, peregrina de un lado para otro para recomponer su precaria situación económica. Despojado de su cátedra por el gobierno establecido en Valencia, busca la manera de lograr recursos que le permitan vivir a base de conferencias y colaboraciones en el extranjero, en tanto le llega algún dinero. Gómez-Santos adereza el dramatismo de algunas situaciones con el contrabalanceo conmovedor de las privaciones íntimas. El efecto acaso sin pretenderlo resulta más emotivo cuando Ortega y Gasset, siempre tan atildado, escribe a su mujer diciéndole: **«El traje que llamo gris se ha roto más, al lado de aquel desfilachado que me arreglaste. Así que estoy ya imposible»**. O cuando le comunica **«que me compré un impermeable-gabardina en Bayona. No está muy bien pero me hace el avío»**.

Las principales angustias y amarguras —por encima de las estrecheces y privaciones— se las provocan a los siete las inquietudes y preocupaciones por el destino de España, por la contemplación de su ensangrentado desgarramiento. Es curioso constatar que para todos ellos fue Marañón, con su gran humanidad, un verdadero paño de lágrimas. A él recurrían, con sus distintos talentos e idiosincrasias, principalmente en busca de consejo, sin defraudar jamás.

No es posible seguir capítulo a capítulo el libro de Gómez-Santos. Aunque sí es recomendable detenerse en él dedicado al autor de «Belarmino y Apolonio», donde un Pérez de Ayala distinto aparece enfocado bajo luces lejanas a las que convencionalmente se repiten sin conocimiento de causa.

José M.^a ALFARO